

La idílica, recoleta y entrañable Ciudad de México

Julieta Ortiz Gaitán*

Arturo Albarrán Samaniego, *Por donde todos transitan. La Ciudad de México en las páginas de El Universal (1920-1930)*, México, INBA, 2016, 271 pp.

La publicación de este libro implica algunas reflexiones y comentarios que me ha suscitado su lectura. Lo que emprendemos al iniciarla es un fascinante recorrido a través de sus páginas por un mundo pletórico de imágenes, que nos incita a sumergirnos en la corriente caudalosa de calles, avenidas, callejones y plazuelas —“por donde todos transitan”— de la siempre añorada, otrora muy noble y leal Ciudad de México, escenario cotidiano de nuestras vidas.

Hacemos el recorrido mediante una recopilación exhaustiva de imágenes, publicadas en el diario

El Universal entre 1920 y 1930, que Arturo Albarrán Samaniego nos presenta como objeto de estudio, a partir del cual desarrolla una narrativa que aborda tanto el análisis formal de las imágenes —en su mayoría publicitarias— como lo que las imágenes “dicen” a las preguntas formuladas por el artista y por el historiador del arte. Porque hay que decir que esta metodología interdisciplinaria abona en favor de los lenguajes surgidos con la producción industrial y la reproducción mecánica de imágenes.

En este recorrido nos convertimos en aquel *flâneur* baudeleriano retomado por Benjamin que, como tal, vaga por las arterias y calles de la gran ciudad. Personaje urbano por excelencia, curioso, insaciable, *voyerista*, observa todo con aire cosmopolita: aparadores, escenografías callejeras, tipos citadinos, mujeres hermosas... A la vez apasionado y distante, no oculta un cierto deslumbramiento provinciano ante el espectáculo sin fin de la urbe. Se trata de vagar dejando entrar por los ojos la multitud de imágenes que el libro

nos ofrece, en medio del bullicio de carnavales, o bien, en rincones apartados de sombreados jardines donde pasear las mascotas. Inmersos en toda la energía contrastante del ámbito urbano donde la soledad entre las multitudes captura al hombre moderno.

En la ciudad de México de los años veinte —idílica, recoleta, entrañable— palpita ya el monstruo que la modernidad gesta sin piedad. Fenómeno propio de las sociedades occidentales, la mancha urbana es el crecimiento continuo e imparable que, como cáncer de concreto y asbesto, cubre todo y arrasa espacios orgánicos en los que el hombre una vez vivió con naturalidad. Ciudades que como imanes poderosos atraen con las promesas endeblas de una mejor vida, una vida “moderna”, expectativas todas encaminadas las más de las veces a deslumbrantes espejismos, donde las oportunidades se alimentan más de cantos de sirenas —como las imágenes publicitarias— que de la árida realidad del día a día.

Porque ciertamente es en la complejidad de esta memoria colectiva

* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

donde se encuentran las diversas apropiaciones en las que dichas sociedades han asumido los valores de la modernidad, y fue esta iconografía y su reproducción masiva en los medios a lo largo de los siglos XIX y XX las que se encargaron de divulgar no sólo los valores sino también los códigos y formas de vida propios de los nuevos tiempos. En este contexto, Albarrán Samaniego cuestiona el potencial de representación que poseen las imágenes, con un afán indagatorio sobre su carga de significados simbólicos y de información histórica sobre tiempo y lugar. Revalora las imágenes como documentos visuales, que se constituyen en fuentes históricas de primera importancia y, al mismo tiempo, objetos de un estudio estético social.

El texto de Albarrán nos recuerda que la historia no sólo se ocupa de acontecimientos extraordinarios por su trascendencia, sino que hay otras narrativas íntimas, cotidianas, silenciosas a veces, que funcionan como la argamasa que solidifica tabiques y ladrillos en las grandes construcciones. Ya desde el agitado siglo XX la historia adaptó sus pasos al ritmo de los hombres y las mujeres comunes; una vocación democrática adquirida con esfuerzos y transformaciones, confirió la patente de “hechos históricos” a los quehaceres, alegrías y quebrantos humanos. La historia vertical, con sus protagonistas en la cúspide, dio paso al estudio de la ancha base piramidal de las ciencias sociales modernas. No sólo las batallas ganadas, ni las hazañas de

los héroes, ni las sólidas estructuras de la economía se consideran factores del devenir histórico, sino también los gustos, las costumbres, la indumentaria, las pasiones humanas, la arquitectura, la creatividad artística, ocupan un lugar preeminente en las indagaciones del pasado. Objetos e ideas configuran con igual importancia el ámbito cultural de los seres humanos. La cultura material y la historia de las mentalidades, entre otras perspectivas, se encargan de recordarnos lo inabarcable del universo humano, fragmentado en la cotidianeidad de la historia cultural.

Para ello, qué mejor y más rica fuente que los imaginarios sociales, en este caso las imágenes publicadas en la prensa —otro fenómeno de la comunicación urbana moderna—, en el *El Universal*, diario fundado por Félix F. Palavicini en 1916, que registra el día a día con puntual acuciosidad en ilustraciones, publicidad, viñetas, fotograbados y demás que forman una arqueología iconográfica de gran densidad informativa. A lo largo del libro el autor revaloriza dichas fuentes históricas a pesar de su aparente superficialidad. Menciona el carácter ciertamente elitista y mediatizado que poseen y que abre la posibilidad de recrear un espacio idílico, sin lugar ni tiempo “reales” y sin filiaciones políticas evidentes. La construcción de la imagen de la Ciudad de México y de la idea de urbanidad (fundamental en los propósitos civilizatorios de *El Universal*) quedaron en estampas alegóricas y

otras más descriptivas que muestran encuadres de la capital y de “ciudades de ensoñación”. Se trataba de una retórica visual acerca del ámbito en el que se vivía y sobre el que se esperaba vivir. Sin embargo, hay que leer entre líneas los reflejos filtrados de las políticas editoriales de la empresa periodística, así como los códigos de valores de la sociedad en general.

No sólo el contenido de las imágenes y sus significados constituyen objetos de análisis para la argumentación, sino también lo referente a rasgos formales y compositivos en un estudio cuidadoso sobre el diseño gráfico propiamente dicho y su evolución como parte de los lenguajes visuales del arte y la comunicación del siglo XX. Samaniego encuentra una síntesis en el diseño de varios autores, configurada en una “línea de contorno” que puede señalarse como rasgo destacado y característico del diseño de la época, entre otros.

Nos enteramos, además, de los objetivos de las clases gobernantes posrevolucionarias, que intentaban implantar de manera insistente y reiterada una conciencia cívica, traducida en hábitos de higiene y responsabilidad social, concebidos como “urbanidad” y “buenas costumbres”, todo de acuerdo con la “civilización moderna” de los tiempos en curso y de los países considerados como modelo (Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Alemania). Es evidente en la temática del periódico, la preponderante presencia de esa visión civilizadora —con remanentes positivistas— que exhibe la postura

ideológica de las elites conformadas por diversos grupos sociales neoporfiristas, por una burguesía ascendente y una nueva clase política y de poderío económico, empeñados todos en construir una ciudad a la medida de la modernidad y el progreso prometidos.

El recorrido por la ciudad de los años veinte hecho en *Por donde todos transitan...* tiene el encanto de las crónicas exhaustivas, plenas de ironía y gracia, a la manera de Ángel del Campo, *Micrós*. Es especialmente fascinante el capítulo dedicado al automóvil, “Del corazón al neumático”, quizá la máquina más determinante en el desarrollo de las megalópolis modernas y que mayormente ha incidido en la vida cotidiana de los seres humanos. Los articulistas de *El Universal*, fieles a su vocación de cronistas urbanos, registran para la historia cultural moderna de nuestra ciudad un rico anecdotario, el cual Arturo Albarrán, con un gusto por el detalle y la ironía, recoge y nos entrega en la descripción de las festividades, carnavales, tiendas departamentales, mercados, kermeses, bailes y todo tipo de espectáculos, con elocuentes narrativas y relatos callejeros, y expone también las modas y “buenas costumbres” de las clases acomodadas. Nos enteramos en este rico mosaico de imágenes ancladas al texto, de las condicio-

nes sociales sin duda alguna contrastantes de tiempo atrás, ya que al lado de estas crónicas de espectáculos y actividades deslumbrantes se reseñan también los acontecimientos de las colonias y grupos marginados de la ciudad, “lunares” de pobreza y desamparo considerados como inevitables en un mundo regido por la ley del más apto, determinismo social no abolido por las luchas revolucionarias.

En todo caso, la rica variedad de las imágenes de prensa, particularmente las publicitarias y comerciales, intervinieron en el imaginario colectivo como agentes neutralizadores de la acción corrosiva de las vanguardias históricas y sus cuestionamientos revolucionarios al estatus social; esta acción neutralizante se dio en apropiaciones audaces en lo formal, y seductoras en el contenido en lenguajes visuales como el diseño y la publicidad. Todos los embates del vigoroso movimiento vanguardista de principios del siglo XX —resultados de cambios y crisis, momento culminante de la modernidad que puso en jaque a la civilización occidental— se diluyeron paulatinamente con el surgimiento y consolidación de la ideología y formas de vida de las sociedades de consumo desarrolladas en las décadas subsiguientes. De ahí el surgimiento del arte —que ha llegado hasta nuestros días en continua transformación— y el deter-

minante papel desempeñado desde entonces por los medios masivos de comunicación y la reproducción de imágenes en una sociedad de consumo y de información.

La ciudad ha sido parte inevitable de esta transformación continua. Las contradicciones de la modernidad se abren paso en las promesas y expectativas de la ciudad de los años veinte: ofrecimiento escurridizo que desaparece en los implacables arroyos de las aceras, espacio urbano donde todos tienen cabida, pero no se sabe cómo, ni cuando, y, como dijera Xavier Villaurrutia, “a condición de que todos sean unos cuantos”. Albarrán Samaniego nos lleva de la mano por una “puesta en escena” de lo que se consideraba un entorno urbano “moderno” y en armonía, utopía constatada en las décadas siguientes con los cambios vertiginosos de una ciudad que se destruye y se reinventa todos los días. En el esfuerzo de encontrar referentes que se pierden para siempre, recuperamos en este libro ese espacio perdido en donde podemos pasear a nuestras anchas, como el *flâneur* que vaga indolente entre edificios, aparadores, calles, glorietas, automóviles y jardines, y —por supuesto— entre los habitantes de la gran urbe, paseantes, trabajadores, niños, mujeres, mascotas... al igual que nosotros, deambulando felices por donde todos transitan.